

PAUL DAVID TRIPP

Edad *de* oportunidades

*Una guía bíblica para criar a tu
hijo adolescente*

Nueva traducción y edición revisada


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

© 2025 por P&R Publishing

Traducido del libro *Age of Opportunity: A Biblical Guide to Parenting Teens*
© 2022 por Paul David Tripp, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo del publicador P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

La cita de las Escrituras marcadas como (NVI) está tomada de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las cursivas incluidas en las citas bíblicas indican que se ha añadido énfasis.

Traducción: Rodrigo Hinojosa, Querétaro, México

Corrección de estilo: Stephanie Ann Michel, Vancouver, WA

Diseño de portada y maquetación de las páginas: Francisco Adolfo Hernández Aceves, CDMX, México

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN: 979-8-88779-103-6 (Español tapa blanda)

ISBN: 979-8-88779-104-3 (Español libro electrónico)

ISBN: 978-1-62995-893-4 (Inglés tapa blanda)

ISBN: 978-1-62995-892-7 (Inglés libro electrónico)

Para Luella:

Has sido mi mejor amiga, maestra y ejemplo.
De muchas maneras me has enseñado
lo que significa la paternidad.
Gracias; tu contribución es mayor de
lo que jamás sabrás.

Contenido

Reconocimientos 9

Primera parte

Retiremos los escombros

1. ¿Una edad de oportunidades o una etapa de supervivencia? 13
2. ¿Los ídolos de quién se interponen? 29
3. ¿Qué es una familia? Una definición 39
4. ¿Qué es una familia? Una descripción laboral 51
5. Te presento a tu adolescente 69

Segunda parte

Definamos metas piadosas

6. Las metas, la gloria y la gracia 93
7. La vida es una guerra 103
8. Convicciones y sabiduría 121
9. La vida en el mundo real 135
10. Un corazón que ama a Dios 159
11. Al salir del hogar 183

Tercera parte

Estrategias prácticas para criar a un adolescente

12. Tres estrategias para criar a un adolescente 205
13. Pequeños pasos para obtener grandes cambios 223

Preguntas y respuestas con Paul Tripp 245

Reconocimientos

Fue en agosto de 1997 que acepté mi primer puesto pastoral como director de jóvenes en la Whaley Street United Methodist Church, en Columbia, Carolina del Sur. Faltaban tres meses para mi cumpleaños veintiuno. Aquellos días en Whaley Street me parecen lejanos, casi como si formaran parte de la vida de alguien más. Sin embargo, hay una cosa que no he perdido: un anhelo de que se aplique el evangelio a los años complicados cuando una persona pasa de la niñez a la adultez.

Yo no podría haber escrito este libro en 1971. En muchos sentidos, yo mismo era uno de los jóvenes de los que escribo aquí. Más allá de esto, sin embargo, Dios tenía que trabajar mucho en mí por medio de muchas personas. Me sería imposible listar a todos los que han contribuido a la perspectiva que aquí se refleja. Este libro representa el ministerio amoroso de pastores, maestros, amigos, colegas ancianos y familiares: todos aquellos que han contribuido a mi entendimiento de lo que significa vivir bíblicamente.

Me gustaría agradecer a algunas personas que han contribuido de forma notable a mi vida, a mi ministerio y a este libro. En primer lugar, a mis hijos, Justin, Ethan, Nicole y Darnay. Ustedes me han dado la oportunidad de aprender y me han enseñado tanto sobre lo que significa criar hijos a la manera de Dios. Gracias por el regalo del perdón que me han ofrecido una y otra vez. Gracias por ayudarme a ver que los años de la adolescencia son en realidad años de oportunidades tremendas. Gracias también por no acusarme de amar más mi portátil que a ustedes por todas aquellas noches que me la pasé escribiendo en mi habitación. Finalmente, gracias por permitirme contar la historia de nuestras luchas. Tales anécdotas ayudan a mantener la integridad de este libro.

Tedd, estoy seguro de que no tienes ni idea de lo mucho que me has influido con los años. Apenas puedo enseñar sin mencionar tu nombre en alguna ilustración o cita. Gracias por animarme a escribir este libro.

Ed, Dave y John, gracias por ayudarme a tomar la teología de las Escrituras y a aplicarla en situaciones prácticas y concretas. Gracias también por su influencia continua en el ministerio juntos.

Sue, no puedo agradecerte lo suficiente por las horas de edición que, sencillamente, han hecho que este libro sea mucho mejor. Aprecio en gran manera tu capacidad para captar mis pensamientos con concisión y claridad.

Ruth, gracias por las muchas horas de transcripción. Tu labor y disposición me dieron el impulso que necesitaba para arrancar.

Jayne, gracias por comprometerte a hacer que los planes que se han hecho se cumplan en verdad. Este libro es uno de los frutos de ese compromiso.

Mi oración es que este libro dé esperanza, valor y revelación a miles de padres que están por entrar a, o están ya en medio de, los años adolescentes con sus hijos. Que las verdades de la Palabra de Dios conviertan una etapa de supervivencia y ansiedad ¡en una de expectativa y oportunidades!

Primera parte

Retiremos los escombros

1. ¿Una edad de oportunidades o una etapa de supervivencia?

Lo encontramos en todo a nuestro alrededor: en las películas y en las series, en las revistas en la fila del supermercado, en las entrevistas y los podcasts y, sí, incluso en muchos libros cristianos sobre la familia. Los padres les tienen miedo a sus adolescentes. Incluso si están gozando de los primeros días de la vida de sus hijos, se la pasan mirando hacia adelante con pavor, esperando lo peor, seguros de que, en unos pocos años, este precioso pequeñito se convertirá en un monstruo de la noche a la mañana. Han escuchado suficientes historias de padres que han atravesado el oscuro valle de los años de la adolescencia como para saber qué peligros se avecinan. Se les dice que deben esperar lo peor y sentirse agradecidos si salen cuerdos de ese valle, con el adolescente vivo y con la familia intacta.

Me topé con esta perspectiva de la adolescencia hace poco en una conferencia de matrimonios. Había sido un fin de semana magnífico en muchos sentidos. La enseñanza había sido cautivadora, convincente y alentadora. La comida y el alojamiento habían sido excelentes, y la conferencia se había celebrado en una ubicación hermosa junto al mar. Cerca del final del fin de semana, me encontraba presenciando los rayos del sol resplandecer sobre el agua de la bahía cuando noté a una pareja que estaba sentada cerca. Se veían muy infelices.

Me dio curiosidad, así que les pregunté si habían disfrutado del fin de semana. Me respondieron que todo había estado genial. Yo les comenté que no se veían muy contentos. La mujer me respondió:

—Tenemos dos adolescentes, y no queremos imaginar regresar a casa. ¡Quisiéramos que este fin de semana durara para siempre!

—Es de esperar que los adolescentes sean rebeldes; todos nosotros lo fuimos —agregó el esposo—. No queda opción más que soportarlo.

—Además —se quejó ella—, ¡no puedes discutir con las hormonas!

Me dejaron con la impresión de que hay algo esencialmente equivocado en la forma en la que consideramos esta época en la vida de un hijo. Hay algo inherentemente mal en la epidemia cultural de temor y de cinismo hacia los adolescentes. Algo está torcido cuando la meta más ambiciosa de un padre es la supervivencia. Necesitamos darle otro vistazo a la situación: ¿es bíblica tal perspectiva de esta etapa de la vida de un niño? ¿Esta perspectiva resulta en estrategias bíblicas para la crianza de los hijos y en una esperanza fundamentada en las Escrituras?

Necesitamos examinar qué tiene de malo el cinismo endémico en nuestra cultura sobre la adolescencia.

Una perspectiva biológica de los adolescentes

Hablamos a menudo de los adolescentes como si no fueran más que un conjunto de hormonas enloquecidas y rebeldes atrapadas en un estuche de piel en crecimiento. Consideramos que nuestra meta es, de alguna manera, frenar estas hormonas para que podamos sobrevivir hasta que nuestros adolescentes dejen de serlo. Una madre me comentó hace poco con alegría que su hijo había cumplido veinte años, como si hubiera pasado por un portal mágico del peligro a la seguridad. «¡Lo logramos!», exclamó ella.

Esta mentalidad de supervivencia expone la pobreza de esta perspectiva de la adolescencia. Muchos padres que me hablan de sus adolescentes lo hacen sin esperanza; los consideran víctimas de hormonas que los mueven a locuras. Aunque nunca lo dirían en voz alta, la teología práctica que se esconde detrás de esta perspectiva es que las verdades de las Escrituras, el poder del evangelio, la comunicación bíblica y las relaciones piadosas no son nada en comparación con los años de la adolescencia. Sí, creemos que la Palabra de Dios es poderosa y efectiva... ¡a menos que algún alma infeliz esté intentando aplicarla a un hijo entre los trece y los diecinueve años! Ahora, hasta tenemos una categoría de hijos que llamamos «pre-adolescentes». Estos son los años en los que las monstruosas características de la adolescencia comienzan a desarrollarse y a aflorar.

¿Hemos abrazado una perspectiva de los adolescentes que dice que, gracias a los cambios biológicos trascendentales en su interior,

en esencia se vuelven inalcanzables? ¿Nos sentimos cómodos con una perspectiva hormonal de los adolescentes que los reduce a víctimas de fuerzas biológicas, exonerándolos de la responsabilidad de sus propias decisiones y actos? ¿En verdad queremos una perspectiva de los adolescentes que nos quiere hacer creer que las verdades que dan vida y esperanza a todo aquel que cree no pueden alcanzar a un adolescente? No podremos aferrarnos a una fe robusta en el poder del evangelio si seguimos cayendo en el cinismo que manifiesta nuestra cultura sobre la adolescencia.

¿Un sacrificio y sufrimiento específicos?

En 2 Timoteo 2:22, Pablo exhorta a Timoteo: «Huye, pues, de las pasiones juveniles». Esta interesante frase nos llama a tener un balance en nuestra perspectiva de los adolescentes y en cómo definimos esta etapa de la vida. Por un lado, la Biblia nos desafía a no ser ingenuos en cuanto a este período de la vida. Hay pasiones, o lujurias, que atacan a los jóvenes de forma única: tentaciones que son especialmente poderosas. Debemos enfrentarlas. Las Escrituras nos instan a ser estratégicos, a preguntarnos: «¿Qué pasiones atacan a la persona durante esta fase de su vida?».

Por otro lado, Pablo utiliza el calificativo «juveniles» porque cada fase de la vida tiene su propio conjunto de tentaciones. Las tentaciones del niño, del joven y del anciano no son idénticas. Las tentaciones del adolescente no son especialmente brutales y graves. Todo aquel que busca agradar al Señor en cada etapa de su vida debe velar, orar, ser firme y luchar, no sea que caiga en la tentación. El adolescente tiene el llamado de cuidarse de las tentaciones específicas de la juventud, mientras que el adulto tiene el llamado de cuidarse de las tentaciones específicas de su edad. Toda persona, sin importar su edad, debe aceptar cada etapa de la guerra como un cristiano que vive en este mundo caído.

¿Una batalla biológica o una batalla en el corazón?

El pasaje de 2 Timoteo también nos ayuda a ubicar y definir la batalla de la juventud. Sí, hay una batalla en la vida de los jóvenes,

pero no es una batalla biológica. Es una batalla intensamente espiritual, una batalla por el corazón. Esto es exactamente lo que Pablo quiere que nos demos cuenta cuando exhorta a Timoteo a no dejar que su corazón sea controlado por sus pasiones. Esta batalla no es única de los adolescentes. Se presenta de cierta forma durante la adolescencia, pero es la batalla de cada pecador.

En Romanos 1:25, Pablo describe de buena manera la tendencia de todo pecador, sin importar su edad: la tendencia de intercambiar la adoración y el servicio al Creador por el servicio y la adoración a las cosas creadas. Sí, esta tendencia está presente en la vida del adolescente que abandona sus convicciones con tal de recibir la aprobación de sus amigos, pero está presente con la misma intensidad en el adulto que sacrifica sus prioridades familiares y espirituales con tal de obtener el éxito profesional. La batalla, según Pablo la describe, es una batalla en el corazón, y es tremendamente importante porque aquello que controle el corazón determinará la vida.

Hay fuertes tentaciones del corazón que amenazan a los adolescentes, llamándolos a creer que no pueden vivir sin algún aspecto de la creación. Estas voces los llaman a creer que pueden encontrar identidad, significado y el propósito de su vida en la criatura en vez del Creador. Estos son los conflictos desgarradores de la adolescencia. No podemos darnos el lujo de ignorarlos por causa de nuestros temores biológicos y de nuestra mentalidad de supervivencia. Debemos creer que Jesús vino para que podamos ser librados de los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa para servirlo a Él y solo a Él. Esto incluye a nuestros adolescentes.

Las luchas de los padres

El tumulto de la adolescencia tiene que ver no solo con las actitudes y acciones de los adolescentes, sino con las ideas, los deseos, las actitudes y las acciones de los padres también. La adolescencia es difícil para nosotros porque tiende a sacar lo peor de nuestro interior. Es en estos años que los padres se descubren diciendo cosas que jamás pensamos decir. Los padres se descubren reaccionando con acusaciones, manipulaciones emocionales y ultimátums, respondiendo con un nivel de enojo que nunca se hubieran imaginado. Es durante estos años que los

padres luchan contra la vergüenza de tener un adolescente que, de niño, fue una gran fuente de orgullo y de gozo.

Es vital que confesemos que las dificultades de la adolescencia no solo tienen que ver con la biología y la rebeldía adolescente. Estos años son difíciles porque exponen los pensamientos y deseos equivocados de *nuestro* propio corazón. Aquí existe un principio que debemos reconocer. Como dijo mi madre: «Nada sale de un borracho que no haya estado en él desde el principio»... ¡y lo mismo es cierto de los padres! Estos años son difíciles porque retiran el telón y nos exponen. Es por eso que las pruebas son tan difíciles y, sin embargo, tan útiles en las manos de Dios. No cambiamos radicalmente en el momento de la prueba. No, las pruebas exponen lo que siempre hemos sido. Las pruebas revelan cosas a las que, de otra manera, seríamos ciegos. Así también la adolescencia expone nuestra justicia propia, nuestra impaciencia, nuestra falta de perdón, nuestra falta de amor servicial, la debilidad de nuestra fe y nuestro anhelo de comodidades y de confort.

Por qué nos perdemos de las oportunidades

Recientemente, estaba en mi oficina con un padre que estaba tan enojado con su hijo que apenas podía contenerse y ser educado. Él no percibía las tremendas necesidades espirituales de su hijo que él podía suplir de forma única por la posición que Dios le había dado. No había ternura alguna en su relación; ni siquiera había cordialidad. Solo había distancia y tensión.

En cierto momento, el padre se levantó para reclamarle al hijo por la última boleta de calificaciones. Se dirigió hasta la silla del joven, le restregó la boleta contra la cara y le dijo: «¿Cómo te atreves a hacerme esto después de todo lo que he hecho por ti?». Para él, las malas calificaciones de su hijo eran una afrenta personal. Él no se esperaba eso, había cumplido su deber; ahora, el hijo debía cumplir el suyo. Estaba enojado con su hijo, no porque hubiera pecado contra Dios. Estaba enojado porque su hijo le había quitado cosas que él valoraba mucho: su reputación como un padre cristiano exitoso, el respeto que creía que merecía y la tranquilidad que pensaba que al fin alcanzaría con hijos más grandes.

Este padre no tenía una actitud ministerial, no tenía consciencia de oportunidad, no ambicionaba formar parte de lo que Dios estaba

haciendo en la vida de su hijo. En cambio, estaba lleno del enojo que se describe en Santiago 4:2: «Ustedes codician y no tienen».

El cinismo cultural del que ya hemos hablado se basa en lo que pensamos nosotros respecto a quiénes son los adolescentes y acerca de lo que están viviendo. Tendemos a creer que no podemos hacer casi nada para que estos años sean más productivos. Más bien, la cultura nos dice, debemos idear estrategias positivas de supervivencia que preserven nuestra cordura como padres y la estabilidad de nuestro matrimonio y que les eviten el mayor daño auto-infligido posible a nuestros adolescentes.

En mi experiencia, sin embargo, cuando los padres comienzan a reconocer, aceptar, confesar y rechazar las propias actitudes equivocadas de su corazón y los actos equivocados que surgen de ellos, el resultado es una diferencia marcada en su relación con sus adolescentes y en su perspectiva de las dificultades de la adolescencia. Al ver la adolescencia con ojos preocupados, debemos considerar no solo a nuestros hijos, sino considerarnos también a nosotros mismos. Los padres que, en humildad, están dispuestos a cambiar se posicionan a sí mismos para ser los instrumentos de transformación que usa Dios.

Un mejor camino

Es hora de rechazar el cinismo indiscriminado de nuestra cultura sobre la adolescencia. En lugar de ser años de luchas sin dirección y sin propósito, estos son años de oportunidades sin precedentes. Son la era dorada de la crianza, el momento en el que comienzas a cosechar todas las semillas que has sembrado en la vida de tu hijo, la época en la que puedes ayudar a tu adolescente a internalizar la verdad y prepararlo para una vida adulta productiva que honra a Dios.

Estos son los años de las preguntas profundas, los años de las charlas maravillosas que nunca habían sido posibles. Estos son los años de fracasos y de luchas que ponen sobre la mesa el verdadero corazón del adolescente. Estos son los años de ministerio diario y de grandes oportunidades.

¡No son años solo para sobrevivir! Debemos abordarlos con una consciencia de esperanza y de misión. Casi todos los días ofrecen una nueva oportunidad para ser parte de la vida de tu hijo con ayuda,

esperanza y verdad. No debemos resignarnos a una relación cada vez más distante. Este es el momento para conectarnos con ellos como nunca. Estos son años de grandes oportunidades.

De eso se trata este libro. Es un libro de oportunidades y de esperanza. Es hora de salir de nuestro fortín de cinismo y de temor para caminar en la luz, examinando el plan que Dios tiene para nosotros en la crianza de nuestros hijos. Este es un libro de actividades, metas y estrategias prácticas. Este es un libro que cree que las verdades de las Escrituras se aplican con el mismo poder a los adolescentes que a cualquier otra persona.

Al mismo tiempo, este libro no será ingenuo. La adolescencia es frecuentemente consiste en años catastróficos de conflictos, luchas y tristezas. Son años de nuevas tentaciones, de pruebas y de dificultades. Sin embargo, son precisamente estas luchas, conflictos, pruebas y dificultades, lo que producen maravillosas oportunidades para los padres.

Reconozcamos los momentos de cambio que Dios ha determinado

Era un martes invernal por la noche. Yo había tenido citas de consejería todo el día y había enseñado durante tres horas en la tarde. Conducía a casa como a las diez de la noche, soñando sobre algo como una hora de relajación antes de irme a la cama. Mi esperanza secreta era que, por alguna razón inexplicable, toda la familia se hubiera ido a dormir a las nueve. O, si no estaban ya en la cama, esperaba que supieran por instinto que yo estaba cansado y que no debían molestarme. Yo razonaba que había sido fiel en servir a Dios aquel día. ¡Por supuesto que Dios estaría de acuerdo en que yo tenía el derecho de desconectarme un rato de la vida! Soñaba con una sala vacía, una Coca-Cola Light helada, el periódico del día y un control remoto. Estaba totalmente agotado y tenía el derecho de relajarme (como podrás ver, ¡me aproximaba a la casa con una actitud ministerial desinteresada!).

Abrí la puerta en silencio y con la vana esperanza de escabullirme sin que nadie me viera. Las luces de la sala estaban apagadas y la casa estaba en silencio. Me llené de esperanza. Quizás, mis sueños se habían vuelto realidad ¡y yo tendría la noche para mí solo!

Apenas había puesto un pie dentro de la casa cuando escuché una voz de enojo. ¡Mi corazón se hundió! Era la voz de Ethan, mi hijo

adolescente. Yo quería fingir no haberla escuchado. Mi decepción se convirtió en enojo. Quise agarrar a Ethan y decirle: «¿Qué no sabes lo que ha sido mi día? ¿No te das cuenta de lo cansado que estoy? Lo último que quiero en este momento es lidiar con tus problemas. Este lo tendrás que resolver tú solo. Quisiera que, por una vez en tu vida, pensaras en alguien más en tu lugar. Yo hago muchas cosas por ti y ¿así me lo agradeces? ¿Qué no puedes dejarme en paz por una noche?».

Todos estos pensamientos se agolpaban dentro de mí, pero no dije ni una palabra. Escuché a Ethan expresar sus quejas. Estaba más enojado que nunca con su hermano. Maldecía el hecho de tener un hermano mayor que solo parecía «arruinarle la vida». Eran después de las diez. El asunto que lo había hecho todo estallar era insignificante.

Me vi tentado a decirle que se portara como hombre y que lidiara con el asunto, pero me detuvo otro objetivo. Aquí estaba uno de esos momentos inesperados de oportunidad, uno de esos momentos rutinarios determinados por un Dios amoroso y soberano, un momento en el que el corazón de mi hijo adolescente estaba al descubierto. Este no solo era un momento entre Ethan y papá. Era un momento divino, un momento dinámico de redención en el que Dios estaba continuando la obra de salvación que había comenzado años atrás en mi hijo. La única pregunta en ese momento era si yo buscaría el objetivo de Dios o el mío propio. ¿Creería yo en el evangelio en ese momento, confiando en que Dios me daría lo que necesitaba para hacer lo que me estaba llamando a hacer en la vida de mi hijo?

Le pedí a Ethan que se sentara conmigo en la mesa del comedor y que me contara lo que sucedía. Estaba dolido y enojado. Su corazón estaba expuesto. Hablamos de su enojo, y estuvo dispuesto a escuchar. Una discusión insignificante con su hermano había abierto las puertas para hablar sobre cosas nada insignificantes. Dios me dio fuerza y paciencia. Él llenó mi boca de las palabras correctas. Esa noche, Ethan se vio a sí mismo con una nueva perspectiva y confesó cosas que jamás había reconocido.

Era casi la media noche cuando le di a Ethan las buenas noches. Nos abrazamos y nos fuimos a dormir. Lo que me había parecido un momento irritante en verdad había sido una extraordinaria oportunidad ministerial, determinada por un Dios de amor. Fue muy

evidente que Dios no solo estaba actuando para transformar a Ethan; también estaba actuando para transformarme a mí. El egoísmo de *mi* corazón había quedado expuesto aquella noche, ese mismo egoísmo que hace que los padres estallen en ira contra precisamente los adolescentes que tanto los necesitan. También se había manifestado mi necesidad de Cristo. Era imposible que yo fuera instrumento Suyo sin Su fuerza.

Momentos pequeños, llamado sublime

Escogí escribir sobre este momento porque fue uno de esos momentos ordinarios que suceden no solo a diario, sino muchas veces al día. Cada uno de estos momentos está repleto de oportunidades. Existen muchos, muchos más momentos como estos que aquellos momentos dramáticos de la adolescencia —momentos que implican sexo, drogas y violencia— que atraen toda la atención. Ninguno de nosotros vive de forma constante en momentos espectaculares de decisiones trascendentales; no existen muchos de ellos en la vida. No; vivimos en el mundo de lo rutinario. Es allí que necesitamos ver a nuestros adolescentes con los ojos de la oportunidad y no con los ojos del temor y la intimidación.

La discusión sobre quién se comerá el último pan dulce, el lamento de «no tengo nada que ponerme» media hora antes de salir a la escuela, la boleta de calificaciones arrugada en el bolsillo del pantalón a punto de ser lavado, la expresión de berrinche ante el «no» de uno de los padres, el tercer golpe que le provocan al auto en el mes, las constantes palabras de descontento, las quejas de «todos los demás lo hacen» y de «yo soy el único que tiene papás que lo obligan»... todas estas cosas deben considerarse más que fastidios que se entrometen en una vida que, sin ellas, sería disfrutable. Estos son los momentos para los que Dios hizo a los padres. Tú eres a quien Dios ha designado. Has recibido un llamado tremendamente sublime. Eres el instrumento de Dios para ayudar y preparar a tu hijo mientras toma los últimos pasos antes de salir de casa y aventurarse al mundo. Estos momentos son los que hacen que tu vida valga la pena. Tu contribución en esta área es infinitamente más valiosa que cualquier logro profesional o financiero.

Reconoce las oportunidades

Mientras más vivía con mis propios hijos adolescentes, miraba a sus amigos e interactuaba con los padres de otros adolescentes, más me convencía de que esta es una etapa de oportunidades desmesuradas. ¡No es el momento para esconderte en el fortín! No es el momento para temer el peor de los escenarios de caos doméstico. No es el momento de aceptar una «diferencia generacional» dictada por la cultura. Es el momento para unirse a la batalla y acercarte a tu adolescente. Es el momento para involucrarte, interactuar, dialogar y comprometerte con la relación. No es el momento para permitirle al adolescente esconder sus dudas, temores y fracasos, sino el momento para buscar, amar, alentar, enseñar, perdonar, confesar y aceptar. Es una etapa maravillosa.

Mi esposa y yo nunca tuvimos una consciencia más fuerte de llamamiento que el que tuvimos durante los años en que educamos a nuestros hijos adolescentes. Nos reímos, lloramos, dialogamos y oramos con ellos. Batallamos por ellos y con ellos. Consideramos los fracasos y las pruebas como oportunidades. No siempre respondimos en fe, y tuvimos que confesar nuestro propio pecado, pero fue una época maravillosa en nuestra vida familiar. Nos encantaba hacer lo que estábamos haciendo. Vimos la gloria de Dios revelarse en medio de nuestros propios esfuerzos endebles y de nuestra fe débil.

Hay tres puertas de oportunidad fundamentales, dadas por Dios, por las que todo padre de un adolescente puede entrar. Cada uno de estos problemas se convierte en un medio para ayudar a un adolescente a internalizar las verdades a las que ha estado expuesto durante años. Los problemas de la inseguridad adolescente, la rebeldía adolescente y el mundo creciente del adolescente de hecho son oportunidades únicas para que los padres obtengan acceso a los problemas fundamentales de la vida de sus hijos.

La inseguridad adolescente

¡Los adolescentes no son personas seguras de sí mismas! El adolescente que parece seguro de sí mismo durante el desayuno puede derrumbarse con mucha facilidad antes de la cena. La adolescente que

se va a dormir pensando que su aspecto es aceptable, se despierta, se mira en el espejo antes del desayuno y se convence de que su cabeza es demasiado grande para su cuerpo. El adolescente que se siente seguro de sí mismo porque piensa que finalmente entiende lo suficiente de las reglas sociales para ser considerado un humanoide semi-normal termina convencido de que es un apestado social sin remedio después de un momento vergonzoso en una fiesta.

Nuestro hijo Ethan tenía unos quince años cuando llegó una tarde a la casa, evidentemente desalentado. Le pregunté qué le pasaba. Me dijo que, todos los días, los demás se burlaban de él al entrar y salir de la escuela. Me dijo: «Veo cómo me miran, hablan y se ríen de mí». Fue una época difícil para él. Estaba creciendo con rapidez. Se sentía inseguro de sí mismo, de su cuerpo y de su aspecto. Se encontraba en aquel limbo entre el niño y el hombre, y proyectaba su inseguridad a todos a su alrededor. Esta etapa de inseguridad física nos dio muchas oportunidades para escucharlo y ofrecerle amor, aliento y el evangelio.

El adolescente se ve abrumado por preguntas sin fin durante esta etapa. ¿Quién soy? ¿Me veo bien? ¿Por qué es tan confusa la vida? ¿Lograré recordar algún día todas las reglas? ¿Qué está bien y qué está mal? ¿Quién tiene la razón, y quién se equivoca? ¿Qué le está sucediendo a mi cuerpo? ¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Seré un éxito o un fracaso? ¿En verdad les caigo bien a los demás? ¿Soy normal? ¿Mi familia es normal? ¿Dios es real?

El mundo de la apariencia física, el mundo de las relaciones, el mundo de las ideas, el mundo de las responsabilidades y el mundo del futuro son todos intimidantes e inciertos para el adolescente. Esta es la realidad que hace de la adolescencia una época de tantas oportunidades. En medio de estas preguntas, se puede dialogar sobre temas bíblicos fundamentales como la doctrina de la creación, el temor al hombre, la soberanía de Dios, la naturaleza de la verdad, la identidad en Cristo, la guerra espiritual y la tentación, por nombrar algunas. En el contexto de las inseguridades diarias, tenemos la oportunidad de ayudar al adolescente a convertir la teología conceptual en teología funcional y práctica. Cada una de las preguntas que acabamos de mencionar ofrecen oportunidades para dialogar, probar, experimentar, aplicar e internalizar importantes verdades bíblicas.

La rebeldía adolescente

Las historias de rebeldía grosera y descarada son una de las razones por las que los padres temen la adolescencia. La idea de que ese niño tan precioso pueda convertirse en el líder de una violenta pandilla en el vecindario es la peor pesadilla de un padre. Tenemos que reevaluar nuestras expectativas de una rebeldía automática durante la adolescencia. Al mismo tiempo, tenemos que reconocer que esta es una edad en la que los hijos ponen a prueba los límites, las tentaciones abundan y las relaciones entre iguales no siempre fomentan un comportamiento correcto.

Nosotros recibimos una de esas llamadas tan temidas un domingo por la tarde. Una madre de la iglesia nos dijo que nuestro hijo no había pasado la noche en casa de ella, como lo habíamos creído. Nuestro hijo le había pedido a su hijo que mintiera por él, pero el chico tuvo un remordimiento de consciencia y le pidió ayuda a su madre. Ella nos llamó. Nos dio miedo y nos sentimos decepcionados. Por un momento, imaginamos los peores casos. ¿Cuántas mentiras más había dicho? ¿Estábamos viviendo con un hijo que ni conocíamos? Al mismo tiempo, sentimos un agradecimiento profundo por la misericordia salvadora del Señor. Cuestionamos a nuestro hijo, y él confesó. Fue un momento determinante para escoger a quién servir. Nos fuimos de la habitación muy agradecidos por un incidente que habíamos esperado nunca tener, pero, en el plan misericordioso de Dios, había sucedido.

Ciertos deseos hacen que el adolescente sea susceptible a la tentación de rebelarse: el deseo de ser un individuo y de pensar por sí mismo, el deseo de libertad, el deseo de probar nuevas cosas, el deseo de encontrar los límites de lo correcto, el deseo de controlar, el deseo de tomar decisiones propias, el deseo de ser diferente, el deseo de pertenecer, el deseo de ser aceptado. Estos, junto con otros muchos deseos, se ven motivados por la autonomía y el egocentrismo de la naturaleza pecaminosa y, sin duda, pueden desviar al adolescente.

Al mismo tiempo, las luchas relacionadas con la rebeldía y la sumisión se vuelven el contexto en el que podemos dialogar, aplicar e internalizar otras verdades bíblicas vitales. Verdades bíblicas relacionadas con la autoridad, la ley de la siembra y la cosecha, la verdad

y la mentira, la sabiduría y la necedad, la ley y la gracia, la confesión, el arrepentimiento, el perdón y la naturaleza y función del corazón están todas de por medio. Los padres en busca de oportunidades encontrarán muchas, muchas oportunidades para tratar con los temas centrales de la fe bíblica en la vida de sus hijos adolescentes.

El mundo creciente del adolescente

Una de las cosas más intimidantes para los padres, y una de las fuentes de inseguridad para sus adolescentes, es la explosión repentina del mundo del adolescente. Este mundo no siempre le parece emocionante. A veces, le parece intimidante y abrumador. A veces, el adolescente siente un gozo vital ante tantos descubrimientos, y en otras ocasiones se vuelve tímido y retraído. A veces, disfruta de ser adolescente, mientras que en otras ocasiones parece tener miedo de las nuevas expectativas que ciernen sobre él.

No es posible detener el crecimiento de su mundo. Es un mundo de nuevos amigos, nuevos lugares, nuevas oportunidades y responsabilidades, nuevos pensamientos, nuevos planes, nuevas libertades, nuevas tentaciones, nuevos sentimientos, nuevas experiencias y nuevos descubrimientos. Todas las alegrías y las inseguridades de este mundo creciente ofrecen oportunidades para ayudar a tu adolescente a entender en verdad e internalizar en lo personal muchas verdades fundamentales. Estas incluyen la soberanía y la providencia de Dios, la ayuda siempre presente del Señor, las relaciones bíblicas, la guerra espiritual, la disciplina, el dominio propio, el contentamiento, la fidelidad, la confiabilidad, el cuerpo de Cristo, el mundo, la carne y el diablo, la responsabilidad y la rendición de cuentas, las prioridades bíblicas, el descubrimiento y la administración de los dones y muchas otras verdades y principios bíblicos. ¡Qué lista! Sin embargo, este mundo creciente les ofrece a los padres oportunidades maravillosas para preparar a sus adolescentes para una vida efectiva y productiva en el mundo de Dios.

El punto de partida en nuestra formación de un entendimiento bíblico de la crianza de los adolescentes es rechazar el oscuro y fatídico cinismo de nuestra cultura. Sí, la adolescencia es un período de

cambios, de inseguridad y de caos, pero estas son precisamente las cosas que Dios usa para hacer brillar la luz de la verdad a los ojos de nuestros hijos. Si hemos de ser instrumentos Suyos, debemos lidiar con nuestra propia idolatría y tratar cada momento difícil con una fe robusta en la Biblia, una fe que sabe que Dios gobierna sobre todas las cosas para nuestro bien, que Él es una ayuda constante en nuestros problemas, que Él trabaja en toda situación para lograr Sus propósitos de redención y que Su Palabra es poderosa, activa y efectiva.

No queremos terminar en fortines de supervivencia gracias a las inseguridades, a la rebeldía y al mundo creciente de nuestros adolescentes. En cambio, queremos adoptar el llamado que Pablo le hizo a Timoteo como la agenda de Dios para nuestra labor con ellos: «Predica la palabra. Insiste a tiempo y fuera de tiempo. Amonesta, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción» (2 Ti 4:2). Queremos abordar estos años importantes con esperanza... no esperanza en nuestros adolescentes, ni esperanza en nosotros mismos, sino esperanza en el Dios que puede hacer mucho más de lo que pedimos o entendemos a medida que aprovechamos las oportunidades que Él coloca en nuestro camino. Queremos abordar estos años con una consciencia de propósito y de llamamiento.

Cuando la gente te pregunte a qué te dedicas, responde: «Soy padre de un adolescente. Este es el trabajo más importante que he tenido. Todo lo demás a lo que me dedico es secundario». A continuación, agrega: «¿Sabes? ¡Nunca he tenido un trabajo tan emocionante! Nunca he tenido un trabajo lleno de tantas oportunidades. Soy indispensable todos los días. Todos los días, hago cosas importantes, valiosas y duraderas. ¡No cambiaría este trabajo por nada!».

Preguntas para reflexionar y dialogar

1. ¿En dónde has visto o escuchado recientemente algún estereotipo negativo sobre la adolescencia? ¿Has contribuido tú mismo a este cinismo cultural de alguna manera, aunque sea en privado? ¿Cómo puedes alentar a padres de otros adolescentes a tener esperanza en medio de esta etapa?
2. Reflexiona sobre tu adolescencia y sobre los cambios biológicos por los que pasaste como adolescente. ¿Fueron difíciles para ti

estos años en lo físico, en lo emocional o en lo social? ¿Cómo puede el recordar esto ayudarte a ser empático con tu hijo?

3. ¿Qué desafío reciente ha experimentado tu adolescente que haya provocado problemas para él y para ti? ¿Tu reacción fue considerarla una frustrante interrupción de tu comodidad o una oportunidad valiosa?
4. ¿De qué formas se siente inseguro tu adolescente? ¿Cómo puedes consolar y alentar a tu adolescente en sus inseguridades y recordarle su identidad como hijo o hija de Dios?
5. ¿En qué formas ha sido rebelde recientemente tu adolescente? ¿Qué podría haber motivado su rebeldía? ¿Qué puedes hacer tú para tratar con la motivación profunda, en lugar de solo con el comportamiento superficial?
6. ¿De qué formas tú, como adulto, te sigues rebelando contra tu Padre celestial? ¿Te parecen más a tu adolescente rebelde de lo que te gustaría aceptar? Considera el progreso que podrías lograr si le confesaras a tu adolescente tu rebeldía contra Dios.
7. ¿Qué cosas en tu vida compiten con el llamado de Dios de comprometerte como padre de un adolescente? ¿En qué áreas tendrías que reevaluar tus prioridades, tu agenda o tus finanzas para aprovechar al máximo la oportunidad que Dios te ha dado?